

Los gitanos, sin rechazo ni folclore

EL día 4 de mayo el Papa ha proclamado Beato a Ceferino Giménez Malla (el tío Pelé) de raza gitana. La comunidad gitana, sus relaciones con la sociedad pueden tener una aparición fugaz en las páginas de la prensa. Quizá sólo por unas horas o pocos días para regresar después, a la 'reserva' donde se almacenan los problemas y cuestiones que allí malviven hasta que en un momento explotan. Este peligro nos afecta a todos. Conscientes de él, deseamos evitar una atención atropellada.

La cuestión gitana es, y no sólo en España, la historia de un desencuentro. Del mundo gitano nos separan muchas cosas, comenzando por nuestra propia ignorancia. Lo ignoramos casi todo.. Y aun lo poco que sabemos está tan contaminado de prejuicios que cuando rechazamos al pueblo gitano —porque en realidad de rechazo se trata que no de un mero distanciamiento— posiblemente estemos rechazando no tanto su imagen real sino la caricatura que nos han transmitido los siglos pasados. Un conocido semanario alemán, «Der Spiegel», publicaba hace no muchos años un informe con el título «todos odian a los gitanos». Ningún país quiere admitir a esas personas sin patria. «Somos las únicas víctimas del cambio político; somos los que más sufrimos las nuevas libertades»

denunciaba Nicolae Georghe, catedrático de Sociología y Secretario General de la Unión democrática rumana de los Rom. O «racismo en aumento y una constante agresión con tendencia a agravarse» señalaba, desde Budapest, la maestra gitana Antonia Haga directora de la revista de estudios gitanos *Lacio Drom* para quien «la caída en la miseria social y, finalmente, en la criminalidad es para mi pueblo el destino ineluctable de cada persona desde su nacimiento».

IGNORAMOS sus orígenes. Esta cuestión ha merecido la atención estudiosa de etnógrafos, historiadores y filólogos. Se cree que provienen de un oscuro pueblo del Cáucaso que luego se trasladó al norte de la India. A comienzos del siglo XV se conoce ya a los gitanos en Europa. Münster, escritor alemán de aquella época, los describe gentes deformes por su negrura, quemados por el sol y con vestidos sucios, que se ocupan, principalmente las mujeres, en hurtar manteniéndose los hombres con los hurtos de ellas. En España se les conoce a mediados de ese siglo, hacia 1447.

Ignoramos su población Las características del pueblo gitano, su nomadismo, su difícil y escasa integración en las sociedades donde viven repartidos, su ausencia en los censos de población y una cierta tendencia a clasificarlos junto a otros grupos nómadas no gitanos, hace difícil el cálculo aproximado de la población total. En este momento, además de Europa, Irán, Egipto y costas del norte de Africa, hay poblaciones gitanas significativas en América del Norte y del Sur y en Australia. Se cree que el número total de la población rom oscila entre 2 y 3 millones de personas.

Ignoramos su lengua Durante bastante tiempo se pensó que el pueblo rom carecía de lengua propia y únicamente se entendían en una especie de jerga, inventada por ellos, y que adoptaba en cada país una unas particularidades locales. Estudios filológicos del XVIII han llegado a la conclusión de que se trata de una lengua propia, la

misma en todos los países, muy semejante a la que empleaban en la India. Esta lengua se ha conservado mejor en Europa oriental. El caló de la población gitana que vive en España puede ser considerado como un dialecto español con algunos elementos léxicos derivados de lenguas que todavía hoy se hablan en ciertas regiones de la India... Se podría decir, por ello, que el lenguaje familiar de la población rom es un castellano con muchas peculiaridades.

Un pueblo condenado

La población española y la comunidad gitana están separadas por un caudaloso desconocimiento. Tender un posible puente entre las dos orillas es tarea muy difícil. Y no sólo por la ignorancia sino por los prejuicios, que son muchos más y mucho mayores que nuestras ignorancias. También aquí el recelo y el desprecio, según el pensamiento machadiano, van mansurronamente detrás de la ignorancia. Basta un recorrido rápido por enciclopedias accesibles -que no por publicaciones especializadas- y nos inunda un torrente de prevenciones, descalificaciones a carga cerrada y rechazos generalizados. Líneas más arriba ya recogíamos algunas..

Se alaba, por ejemplo -y es representativo de una determinada mentalidad- la fidelidad proverbial de las mujeres de raza gitana a sus maridos. Pero se añade a continuación que el pueblo rom ('los gitanos') tienen inclinaciones ladronesas, tratan con gente maleante y no tienen un concepto de moral muy elevado. O en otra publicación : «son gente nacida para robar y vagar, sin patria y sin religión, aunque los cristianos bautizan a sus hijos». Está bastante generalizada la opinión de que la comunidad gitana gitana es inestable, emigrante, reacia al trabajo, dispuesta a engañar y a vivir apropiándose de lo ajeno, y desinteresada e incapaz de integrarse en la sociedad. Si es ésta la única e indiscutible opinión que hay sobre los gitanos, no resulta tan extraño el trato inmisericorde que les ha dispensado la Historia. Ya en

1500 la Dieta de Augsburgo los expulsaba del Imperio alemán. En no pocos lugares se les torturó y después se acabó por llevarlos a la hoguera. Carlos V los expulsó de los Países Bajos y el Papa S. Pío V, de los estados pontificios. En España, ya antes de Carlos V, una Pragmática de 1499, inspirada por Cisneros, les obligaba al asentamiento renunciando al nomadismo e imponía severas penas escalonadas a los que contravinieran esta orden. Cien azotes y destierro, mutilación de las orejas y sesenta días de cárcel o, según las disposiciones de las Cortes de Toledo y Madrid, 1525 y 1534, cadena perpetua o pena de galeras. En el reinado de Fernando VI, en julio de 1749, se ejecutó «con el mayor cuidado, vigilancia y secreto» una **redada general**. Se privó de libertad en un solo día a diez o doce mil mujeres y hombres, ancianos y niños. La medida se justificaba «meramente por ser gitanos». («Se arrojarán a las casas de los gitanos y prenderán a todos, sin perdonar a nadie»). El Papa (1747) consintió que se les pudiera despojar del derecho al refugio en sagrado y el entonces confesor real, padre Rábago, aprobaba la decisión de su regio penitente exhortándole a «extirpar esta mala raza de gentes, odiosa a Dios y perniciosa a los hombres».

EN el siglo XVIII se produce un giro significativo. La emperatriz María Teresa en Austria, y Carlos III en España promulgaron varias leyes para salvaguardar los derechos del pueblo gitano. No se les consideraba extranjeros sino súbditos españoles. Podían casarse con quien quisieran y ejercer el oficio que eligieran. Únicamente se les obligaba a vestir como el resto de la población y a no hablar en público su dialecto. La pragmática sanción de 19 de septiembre de 1783 supone un nuevo «estado histórico». Suspende la infamia legal contra «los antes mal llamados gitanos» como dice el texto legal. Con todo, la nueva «igualdad jurídica» no solucionaba la «desigualdad de hecho» que seguía y sigue existiendo.

¿Es posible el cambio?

SI alguien acepta por buenos, sin ulterior examen, los juicios sobre la comunidad rom que acabamos de recoger y la exclusión a que se ha visto sometido el pueblo gitano, en las leyes o en la convivencia ciudadana, es claro que pensará que ante la comunidad gitana hay que levantar un muro de separación y de ninguna manera tender puentes hacia ellos.

Pero si nos tomamos un mínimo trabajo y entramos en contacto o bien directamente con la comunidad gitana o con personas que trabajan con ella, la descalificación a carga cerrada queda sometida a severas correcciones. Resulta que ni nosotros somos tan blancos ni ellos son tan negros. Cualquier grupo marginado en la sociedad recibe descalificaciones parecidas. Es cierto que la comunidad gitana tiene su propio mundo cultural y que hay rasgos importantes que no coinciden con los nuestros. Su sentido temporal y espacial son distintos a los nuestros. (Los relojes pueden tener para ellos una función más de posible adorno que de información del tiempo.). Tienen muy acusado el sentido de inmediatez: la utilidad y los frutos hay que recogerlos inmediatamente. Tienen tendencia a vivir muy cerrados dentro del clan `por lo que, a pesar de su tendencia nómada, experimentan fuertes recelos a salir del poblado. Quizá porque presienten y no olvidan el rechazo que les viene desde el mundo de los «payos». Su régimen de alimentación es muy deficiente lo mismo que las condiciones higiénicas, debido en parte a las migraciones y al tipo de viviendas donde moran. Su índice de natalidad —también aquí un fuerte contraste— es mucho más elevado que el nuestro. Señalaremos también que en los últimos diez años el mundo de la droga —¿inducido por quién?— emplea a algunos miembros de la comunidad gitana como oscuros canales de distribución.

Ahora bien la patología social que, desde nuestra orilla, podemos percibir o imaginar en la comunidad gitana

hinca sus raíces en la pobreza social, no sólo económica, sino también humana, cultural, mental y de convivencia). El rechazo no es tanto por motivos culturales sino porque son pobres. Y la mayor pobreza a finales del s.XX es su falta de instrucción. Si en la era de la informática muchos de ellos no son capaces de sacar el carnet de conducir y aún más sangriento, de firmar su DNI, quedan confinados en una especie de ghetto.

PERO la situación no debe dejarnos tranquilos. No sería responsable por nuestra parte, arramblar con unos tópicos, cerradamente negativos y condenatorios y de la comunidad gitana), para sentenciar el problema y dedicarnos ya a nuestros asuntos de sociedad occidental de finales del s.XX. Personas que tienen amplia experiencia de trato y trabajo con la comunidad gitana expresan un juicio mucho más matizado. Comenzando por los niños de raza gitana, es claro que los centros educativos que los acogen deben tener la necesaria información para recibirlos y tratarlos adecuadamente. Pero experiencias de no pocas escuelas y colegios afirman que cuando los niños son bien acogidos, sus resultados escolares mejoran notablemente. En no pocos casos el tradicional absentismo escolar se reduce en gran parte y aun casi del todo. Incluso hay familias gitanas que se sedentarizan para que sus hijos puedan ir cursando con normalidad sus estudios. Los niños de raza gitana que se integran en el sistema escolar —y no son pocos— ven a los demás niños y juegan con ellos con normalidad, aceptan mejor las normas y correcciones en la escuela, se «presentan» mejor, asisten regularmente a clase y van descubriendo que también ellos podrían tener un trabajo o una profesión distintos a los de sus padres. En esos colegios el gitano ya no es el que roba, el que pide, el que huye y delinque. A los niños gitanos se les ve como los niños que juegan, leen, escriben y aprenden. Se consigue así un nivel de convivencia buena con el mundo no-gitano y algunos padres gitanos se apuntan a cursos de alfabetización.

Si el cambio es posible, es necesario

En España no carecemos de problemas: el paro, el terrorismo, la cuestión autonómica, la todavía diferencia grande entre clases sociales, la modernización y adaptación de la agricultura, la regeneración de la vida política, la mejora de la calidad de la enseñanza... Todos estos problemas son reales. Pero no debieran secuestrar nuestra atención. Porque hay grupos sociales marginados que todavía no se han acercado a la orilla del desarrollo. Su existencia y situación no puede quedar reservada para estudios sociológicos o divertida atención folclórica. «Después de siglos de historia inclemente –afirmaba Rajco Djuric, presidente de la Unión Romaní Internacional– tenemos la esperanza de alcanzar la dignidad que nuestro pueblo merece». Y recordaba los versos de Antonio Machado que cantan «al Cristo de los gitanos / siempre con sangre en las manos/ siempre por desenclavar». Y Mons. Silvano M. Tomasi, Secretario del Consejo Pontificio para la Pastoral de emigrantes, aseguraba que «la Iglesia católica entiende que el problema crucial número uno de los que la comunidad romaní tiene planteados es un problema político: el reconocimiento del pueblo Rom como pueblo en el contexto internacional y de cada Estado». En todas las sociedades de acogida en las que históricamente se ha asentado la comunidad romaní, tanto en el Este como en el Oeste de Europa, debería ser reconocida como pueblo. Es cierto que la comunidad romaní no tiene territorio, ni Estado, ni Ejército ni Parlamento. Pero se trata en realidad de un pueblo transnacional con base multiestatal y así debería ser considerado. Con esta comunidad han establecido ya algún tipo de relaciones institucionales la UNESCO, el Consejo de Europa, el Parlamento Europeo. Y la Organización de Seguridad y Cooperación Europeas ha abierto en Varsovia un observatorio para la tutela de la seguridad, en los territorios de la OSCE, de las minorías, oficina atendida por un ciudadano gitano.

ESTE reconocimiento como pueblo comporta el respeto a su cultura, aplicando para ello algunos principios de la Declaración universal de derechos humanos, en la Recomendación relativa a la lucha contra las discriminaciones en la esfera de la enseñanza. Y debe tener una aplicación concreta al respeto a la lengua. Si una dimensión muy importante de la persona humana es su capacidad de comunicación, la comunidad gitana necesita poder utilizar su idioma y estudiarlo para que no deba renunciar a una parte de su propia identidad. Hay miembros de la comunidad gitana que se podrán adaptar más fácilmente al mundo de los payos y podrán integrarse en nuestras viviendas y nuestras escuelas. Dependerá de nuestra actitud de acogida que no tengan que encerrarse en actitudes hostiles o defensivas. Hay otros que preferirán continuar con su nomadismo. ¿Sería tan impensable o tan difícil organizar alguna campaña de alfabetización o escolarización ambulante para que se les ofreciese ese servicio allí donde ellos están y no donde nosotros queremos que vengan? La cultura gitana tiene su ceremonial propio. ¿No se pueden inculturar en ese ceremonial ciertas celebraciones litúrgicas de la Iglesia? ¿O no queda otro camino que atenerse al «Missale Romanum» traducido a nuestras palabras, que no siempre a nuestra sensibilidad?

Hacíamos arrancar estas reflexiones desde el hecho de la beatificación de Ceferino Giménez Malla, el primer miembro de raza gitana que llega a los altares. Sería hipócrita atusar aprisa y corriendo la cuestión gitana para presentarla a todos nosotros en una fugaz visita y relegarla de nuevo, con pertinacia inmisericorde, a los guetos, las chabolas o el mundo de la marginación. Hay ciertos tópicos que cuando se contemplan más de cerca, dejan de serlo para convertirse en problemas. Pero en cuanto tales admiten soluciones y esperan medidas. El «mundo gitano» es uno de ellos.